

lejos, muy lejos, a un día
parado en su mediodía,
donde un ave carmesí,
cenit de una primavera
redonda, perfecta esfera,
no responde nunca: sí.

Poeta sabio, erudito, aristocrático,
no hay que imaginarlo un impasible.
Tiene bellos momentos de exaltación:

¡Oh, concentración prodigiosa!
Todas las rosas son la rosa:
plenaria esencia universal.
En el adorable volumen
todos los deseos se sumen:
¡ahinco del gozo total!

Puede señalarse en la intimidad literaria del poeta una exquisita pulcritud que bien vale el recuerdo del silencio de Valéry. El libro (1) que publica con el nombre sencillísimo de *Cántico* contiene la fina labor realizada a lo largo de los años 1919 y 1928.

Se abre el libro con una dedicatoria inicial que dice:

A MI MADRE

EN SU CIELO

Y se cierra con una dedicatoria final:

PARA

MI AMIGO

PEDRO SALINAS

Insisto en los pequeños detalles para hacer sentir la armonía total del libro que hasta en su tipografía nítida es una rima perfecta con el espíritu refinado del poeta.

(1) *Cántico*, por Jorge Guillén. *Revista de Occidente*. Madrid, 1929.

Revela *Cántico* el heroísmo de la selección de la obra propia y la conciencia de que en el arte poético nada hay más lejano de la verdadera y pura poesía que la fácil e inmoral improvisación. Casi por regla general puede afirmarse el estético fracaso del improvisador en poesía. Bastaría adivinar esta actitud hostil a la vulgar facilidad en el libro de Guillén para sentir simpatía por su gesto literario. Pero en poetas como en él no podemos conformarnos con los gestos. Queremos admirar, o desdeñar, la poesía. Y la de este *Cántico*, a la que, por ahora, sólo auguramos un triunfo de minorías, es un arquetipo de lo que he llegado a concebir como el ideal de la poesía de hoy: una sensibilidad frenada y gobernada por la inteligencia, una expresión adecuada a su tema poético allí donde el tema es por lo general un contrapunto entre la armonía y el color, una música entre las ideas y las sensaciones. El argumento del poeta de hoy es la sutil deformación a que somete las cosas a través de la alquimia del poema. Y yo encuentro en Jorge Guillén ese arte mágico que parece ser el atributo de la nueva poesía.—R. M. F.

<https://doi.org/10.29393/At58-23SARM10023>

SEGURO AZAR, por *Pedro Salinas*.

Hasta hace poco era un verdadero lugar común en los corrillos literarios la apología de la espontaneidad. Y si esto se sostenía casi místicamente entre los escritores en general tratándose, en particular, de poetas la voluntad de incultura adquiriría caracteres morbosos.

El poeta, para cumplir con las ritua-

lidades exigidas por la época, debía ser espontáneo y mantenerse limpio de lecturas para que ajenas influencias no mancillaran el tesoro pristino de su mundo interior. Muy pobre debe de haber sido aquel tesoro para que en su preservación del impuro contacto del mundo se tomaran tan enérgicas y rigurosas medidas.

Se hablaba del poeta que debía dar su canción con la sencilla y luminosa alegría del pájaro en la rama. Pero, internándonos en el símil, ¿había paralelismo entre el ave despreocupada que desde un árbol daba la dulzura de su canto sin inquietarse por el canto del vecino y este raro ejemplar de la fauna humana que se llamaba poeta y que tenía miedo de leer a los otros poetas porque su personalidad podía ser suplantada por la del autor más reciente en sus lecturas?

Siguiendo en el símil de la época, puede afirmarse que tal temor estaba justificado en los poetas papagayos pero, en ningún caso, en los poetas que tenían un mensaje propio que dar al mundo. Porque el ruiseñor no temió nunca al contagio del dramático canto del cisne, ni el águila caudal, embriagada en su magnífico vuelo, sintió celos de la pompa del pavo real que irrumpe en la tierra áspera con su suntuosa explosión de colores.

El libro de Pedro Salinas (1) es el libro de un poeta culto que cuenta entre sus méritos no menores el de la traducción de la obra proustiana y el de la versión al romance moderno del *Poema del Cid*. Recordemos también armoniosas traslaciones al verso

castellano de poetas franceses contemporáneos.

Escuchemos, un poco, su voz original:

No me fío de la rosa
de papel,
tantas veces que la hice
yo con mis manos.
Ni me fío de la otra
rosa verdadera,
hija del sol y sazón,
la prometida del viento.
De ti que nunca te hice,
de ti que nunca te hicieron,
de ti me fío, redondo
seguro azar.

Hay aquí esa música de las ideas que en un gesto supremo de sencilla elegancia saben entregarnos los grandes poetas. Admiraremos ahora en una forma exquisita un fino y alto pensamiento poético. Habla el poeta a la amiga:

Para cristal te quiero,
nítida y clara eres.
Para mirar al mundo,
a través de ti, puro,
de hollín o de belleza,
como lo invente el día.
Tu presencia aquí, sí,
delante de mí, siempre,
pero invisible siempre,
sin verte y verdadera.
Cristal. ¡Espejo, nunca!

La forma un tanto comprimida del poema no resta nada a su estética eficacia. Porque ¿podría hablarse de oscuridad en esta poesía en que el deseo de claridad y de síntesis elimina lo superfluo y accidental?

Hay también bellas imágenes:

¡qué de prisa, qué despacio
juegan los lejos a cercas
colgados del verdiazul
columpio de las distancias!

(1) *Seguro azar*, por Pedro Salinas. *Revista de Occidente*. Madrid, 1929.

Porque la imagen, que es la verdadera alegría del poeta, su actividad lujosa en el momento de la creación artística, no puede ser un don negado a quien es hoy, indiscutiblemente, uno de los más altos poetas de la lengua castellana.—*R. M. F.*

HISTORIOGRAFIA

LA MASONERÍA EN CHILE, por *Benjamín Oviedo Martínez.*

678 páginas destina Benjamín Oviedo a historiar la Masonería chilena hasta el año de 1900 (1). Esas páginas tienen, no obstante, una clara justificación. En Chile—tierra de historiadores—la Historiografía se ha estancado en el aspecto político y militar; es una historia de hechos externos. Falta extraer a la superficie histórica la vida interna de la sociedad, aquello que no suele encontrarse en el documento público o en el diario, lo que don Miguel de Unamuno ha llamado con palabra insustituible: la «intrahistoria». Recientemente los intelectuales chilenos, como antes los argentinos y bolivianos, pedían a ese definidor de países que es el Conde de Keyserling que nos definiera, porque con tantos volúmenes de Historia a la espalda, aún ignoramos lo que somos. La inmensa obra documental de Medina, en cuya importancia no se insistirá bastante, ha aportado las fuen-

tes para esa labor de interpretación científica de la vida hispano-americana, por lo menos durante el período colonial, pero a la sombra opulenta de Medina sólo se han amparado personas bien intencionadas y laboriosas si se quiere, pero que no saben escribir historia. Y no saben porque con la sola compulsión de documentos, un lente, paciencia y clara caligrafía, no se forma un historiador. La Historia es, ante todo, síntesis y es de suponer la intuición, cultura y fineza que requiere esta operación mental. Todavía la Historiografía chilena se alimenta de la orientación que le imprimieron en el siglo pasado Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Sotomayor, y se circunscribe a los mismos problemas. Así quien quiera estudiar las costumbres, los gustos artísticos y otros aspectos de la vida social, más que a los historiadores doblegados bajo el farrago de sus documentos públicos, de relaciones de batallas mal contadas porque generalmente los historiadores ignoran la táctica militar, debe acudir a los libros de viajes: Poepig, María Graham, a los costumbristas como Jotabeche y Pérez Rosales. Seríamos injustos si no dijéramos que ya se nota una reacción contra esta manera de sentir la Historia; y toda la vida científica de don Ricardo E. Latcham, por ejemplo, ha estado dedicada a escribir el capítulo inicial de nuestra Historia con sus estudios de Arqueología y Etnología. Por otra parte don Alberto Edwards ha visto de manera sintética y con profundidad y estilo histórico—aunque en absoluta posición conservadora—la época republicana. Otros ensayos de historiadores que se inician

(1) *La Masonería en Chile. La Colonia. La Independencia. La República.* Primera parte hasta 1900. Santiago, 1929.